

La familia no ha muerto, pero algo ha muerto en la familia

Nuevos retos en la pareja y en la educación familiar

Adelina Gimeno Collado
C.E.U. Universitat de Valencia

resumen/abstract:

El presente artículo trata de abordar cómo diferentes aspectos culturales, sociales, económicos, laborales y personales han hecho evolucionar a la familia hacia formas más funcionales dentro de las sociedades modernas. Cambios, que lejos de confirmar la tesis de que la familia ha muerto, no hacen más que reafirmar a la familia como institución viva, cambiante y funcional, aunque no por ello exenta de riesgos y puntos débiles.

Los miembros de la pareja tienen que armonizar su proyecto personal con la construcción de un proyecto de pareja y todos deben facilitar el desarrollo y la satisfacción de todos, tratando que la familia esté cohesionada pero sin bloquear el proceso de individuación.

This article tries to explain how a lot of cultural, social and economic aspects as well as labour and personal factors make the family evolves towards more functional forms inside the modern societies. This evolution, far from defending the theory "the family has died", only reaffirms the family as an alive, changeable and functional institution, though she isn't exempted of risks and weak points. The members of the couple must harmonize their personal project with the construction of the couple's project and everyone must facilitate the development and the satisfaction of all, treating that the family is united but without blocking the process of individuation.

palabras clave/keywords:

Cambios familiares. Pareja. Educación familiar. Solidaridad familiar. Economía familiar
Familial Changes, Couple, Familiar Education, Familiar Solidarity, Familiar Economy

Introducción

La familia en nuestro país ha experimentado en las últimas décadas cambios notables, que han dado lugar a múltiples modelos familiares y a múltiples estilos de vida familiar.

Las personas, a menudo, se sienten desconcertadas por estos cambios y tienen que afrontar situaciones nuevas para las que no tienen respuesta. A veces estas situaciones se viven con desorientación y con estrés, y no faltan quienes añorando el denominado

modelo familiar tradicional, lo magnifiquen y consideren que las familias de hoy han perdido sus valores, han trivializado las relaciones de pareja, y han mermado su competencia educativa.

Revisaremos en los apartados que siguen algunos de los cambios acaecidos en la familia, considerando que el cambio ha conseguido avanzar, no hacia otro modelo, sino hacia una diversidad de modelos familiares, y para darnos cuenta que no todo lo que se ha perdido, no todo lo que ha muer-

to, merecía permanecer. Reflexionaremos sobre algunas dimensiones sociales que son cruciales dentro de la familia, como son la economía y la solidaridad, necesarias para su buen funcionamiento, tanto como el reconocimiento y la aceptación social que posibilitan la continuidad y configuran la identidad familiar.

Teniendo en cuenta que la teoría sistémica es un modelo teórico integrador que facilita la comprensión de la familia y que nos ayuda a diseñar la intervención, haremos algunas consideraciones sobre dos elementos relevantes del sistema familiar: el sub-sistema pareja y el proceso educativo.

Nuestro propósito no es abordar exhaustivamente un sistema tan complejo como es la familia, sino transmitir una actitud positiva que nos permita ver los elementos que han aportado los cambios acaecidos y la riqueza de la diversidad resultante. Pero sobre todo, queremos transmitir la importancia de asumir los cambios como un reto que demanda soluciones creativas en las que debemos jugar un papel activo, pues la creatividad es más importante en las decisiones familiares, que la tradición o la presión social de una sociedad intolerante con la diversidad. Como pareja y como padres no debemos perder la oportunidad de educar para la familia que queremos tener.

Cambios en la familia

La familia es el entorno próximo, el escenario, el grupo, el sistema o la institución que más influye en la configuración de nuestra personalidad y en la construcción de nuestra escala de valores y sistema de creencias. Todos los problemas sociales y personales, - delincuencia, violencia, drogadicción, anorexia, obesidad, esquizofrenia, etc., encuentran que el deterioro familiar es un

desencadenante importante del problema, y todos los programas de intervención social consideran la atención a la familia como un factor crucial en la prevención y rehabilitación de los problemas individuales. Las terapias sistémicas han aportado el enfoque más radical, al atribuir la responsabilidad del problema, más al grupo familiar que a la persona, hasta el punto de considerar que el paciente no es más que un síntoma, porque en todos estos casos, quien realmente suele estar enferma es la familia.

Las estadísticas del Centro Superior de Investigaciones Sociológicas indican, en el año 2000, un dato que sorprendería a muchos incrédulos: los españoles creen que su felicidad personal depende de cómo sea su vida en familia. Poco tienen que ver estas afirmaciones con las tesis de Cooper quien en 1975 afirmaba: "La familia ha muerto", allí presentaba a la familia como una institución caduca, antes un freno que un apoyo al proceso de desarrollo personal y siempre un obstáculo para el progreso de los pueblos. Las estadísticas son prueba de que la familia no ha muerto.

No obstante, el hombre de la calle, aunque vea que la familia no ha muerto, no deja de mostrarse, cuanto menos sorprendido, a veces favorable y a veces desfavorablemente, al observar los profundos y numerosos cambios que ha experimentado la institución familiar. Russell, en su trabajo de 1992, llevó a cabo un estudio sistemático de los cambios experimentados por las familias europeas (matrimonios más tardíos, reducción de la natalidad, divorcio, etc.) y observó que esos cambios se produjeron inicialmente en los países nórdicos, para extenderse después a los países de Europa del centro y luego de Europa del sur, como es el caso de España. El problema de los

países del sur es que los cambios han llegado más tarde y han sido, además, mucho más rápidos, lo que obviamente ha hecho el proceso de adaptación más estresante.

Probablemente un análisis actualizado de la familia europea encontraría que siguen produciéndose nuevos cambios en la vida familiar: inseminación artificial, adopción internacional, reconocimiento del matrimonio entre personas homosexuales, etc., pero esta vez los cambios están más globalizados, suceden de modo similar en todos los países europeos, además incluso empiezan en los países del sur, como es el caso de la inseminación artificial de mujeres solteras que es legal en España, pero no en Francia, o como es el caso de la ley de matrimonios entre homosexuales aprobada este año en nuestro país.

Los cambios familiares no han supuesto una desaparición de la familia tradicional, la familia formada por una pareja heterosexual que acepta un matrimonio indisoluble, que se ajusta en sus costumbres a la doctrina católica y que tiene tres o más hijos, todavía se defiende en muchos sectores de nuestro país. Lo que sucede es que este modelo coexiste, no con otro nuevo modelo, sino con un complejo mosaico de modelos familiares. Incluso la familia tradicional católica ha experimentado cambios sustanciales.

Los cambios vividos por las familias han afectado su composición: parejas y familias monoparentales, familias reestructuradas, familias intergeneracionales y nucleares, etc. También han cambiado los sucesos y la secuencia de sucesos que configuraban el Ciclo de Vida familiar: matrimonios más tardíos, cohabitación antes del matrimonio, menor número de hijos, hijos que permanecen más tiempo en el hogar, divorcios, cus-

todia compartida, nuevos matrimonios, etc. Y ha habido cambios notables en la organización interna de las familias: liderazgo más democrático, distribución menos sexista de roles, trabajo y participación social de la mujer fuera del hogar, estilos educativos más protectores, más comunicación entre la pareja y con los hijos, niveles de cohesión más bajos, mayor autonomía para todos. Pero a pesar de ser ésta la tendencia, la diversidad se sigue manteniendo en todos los descriptores analizados, sin que podamos encontrar una definición que englobe todos los modos de vivir en familia. Además, la inmigración y los medios de comunicación nos ponen en contacto, directo o virtual con familias de otras culturas, con estilos familiares impregnados de creencias y rituales diferentes. (Gimeno, 1999)

En consecuencia, lo que parece haber muerto, no es la familia, sino el modelo familiar único, sujeto a las prescripciones de la Iglesia Católica, sujeto a la censura social y al que todo el mundo debía ajustarse, o aparentar que se ajustaba. Aunque todavía algunos sectores religiosos sean firmes defensores de aquel modelo tradicional, lo que antes era obligación se ha convertido en una opción entre otras muchas, porque lo que ha muerto es la imposición de un modelo.

Todos estos cambios hacia la diversidad familiar llevan a que las familias tengan que afrontar cada día situaciones nuevas, nuevos retos para los que faltan referentes, porque no encontramos a la familia ideal, faltan modelos, porque los modelos de nuestros padres no nos sirven, y faltan criterios claros que orienten nuestras decisiones, porque no siempre tenemos la madurez emocional, ni la coherencia, ni la creatividad necesarias para resolverlas. En

consecuencia, las dudas e interrogantes son continuos: ¿Cómo trato a la esposa de mi ex-marido? ¿Quién toma el permiso por maternidad? ¿Cómo asumo que ella gana más que yo? ¿Cómo educo a los hijos de mi esposo? ¿Qué le digo al novio de mi abuela? ¿Qué autonomía debo dar a mis hijos? ¿Cómo armonizo el afecto con la competencia educativa? ¿Sólo yo, tengo dos padres?

Los problemas parecen más frecuentes porque las familias son más conscientes de sus dificultades, porque sabemos que no existe una única solución para cada pregunta y porque las familias han aprendido a no esconder sus problemas. Ahora se reclaman respuestas y orientaciones a los profesionales para mejorar la vida familiar, soluciones que mejoren su inserción activa en la comunidad, pero sobre todo se reclaman soluciones que mejoren su desarrollo personal, aunque sea saliendo de una familia.

Aunque coincidan en el deseo de mejorar su competencia y su felicidad en el seno de la familia, la diversidad de modelos familiares existente requiere que las respuestas tengan en cuenta esta diversidad, diversidad que es de aparición reciente, pero que parece ser irreversible. Ha muerto también la familia como un reducto privado, plagado de secretos, y el miedo a decir mi matrimonio o mi familia no funcionan y ha muerto también, el miedo a pedir ayuda. El reto familiar se desplaza especialmente a los psicólogos que tienen que dar una respuesta científica y contextualizada a muchas familias, y tienen que hacerlo más allá de la perspectiva de su propia historia familiar.

Pero no es cierto que todo el mundo se halle desorientado respecto al modelo familiar que defiende, como tampoco es cierto que la vida familiar se limite a adaptarse sin más

al entorno. Es cierto que el progreso de las ciencias médicas ha permitido el control de la natalidad, y la inserción laboral de la mujer ha forzado la reestructuración de roles dentro de la familia, pero no podemos decir que esta influencia sea unidireccional, sino que cada familia tiene su propia estructura y regula su propio proceso de cambio aceptando las influencias que considera adecuadas, hay una interacción recíproca entre la familia y el medio, entre el individuo y su entorno (Gracia y Musitu, 2000), a pesar de que muchas veces la presión social inunda como un torbellino la vida familiar, y algunas familias se quedan indefensas.

Los cambios externos se regulan desde la propia familia y las familias, sobre todo si trabajan en colaboración, se convierten en auténticos agentes de cambio social. Ha muerto el conformismo social pues las familias actúan como agentes de cambio que consiguen legitimar y normalizar nuevos modelos familiares (Settles, 1999) y tenemos para ello numerosos ejemplos. Encontramos como las familias adoptando una distribución de roles menos sexista, han ido transmitiendo un nuevo legado a las generaciones jóvenes; hemos visto como las familias sin hijos, fomentando la adopción nacional e internacional, han incrementado el valor y la dignidad de los vínculos afectivos sobre los vínculos biológicos y han estrechado lazos entre etnias y culturas; hemos comprobado como las parejas homosexuales han conseguido el reconocimiento legal de sus matrimonios; hemos visto como las familias numerosas construyen su propia red de apoyo intra y extrafamiliar, pues su idea de maternidad responsable va más allá del hijo único. Ha muerto pues, la adaptación pasiva al entorno para que surjan las familias, y más aún, las asociaciones fami-

liares como verdaderos agentes de cambio social (García-Roca, 1990)

La familia: solidaridad y economía

La solidaridad y la economía son dos dimensiones que rigen la vida social y rigen también la vida familiar, aunque sean la luz y la sombra, el bueno y el malo del sistema. ¿Sólo ahora o desde siempre?

Flaquer (1998), que analiza a la familia desde una perspectiva antropológica, considera que la solidaridad y economía están en el origen de la organización familiar. La familia parte de la díada madre hijo, esta díada es el núcleo natural de solidaridad en todas las culturas y en todos los tiempos; la díada, enraizada en la propia biología garantiza la supervivencia del individuo y de la especie, primero garantiza la supervivencia biológica, y después la supervivencia cultural de la comunidad, porque históricamente primero importa la especie y después el individuo.

Leyendas tan divulgadas como la Leyenda del Narayama, son prueba de lo fácil que ha sido sacrificar al individuo por el bien grupo, pero sin pedirle permiso, -y también sacrificarle por el bien de otro individuo, también sin pedirle permiso-. No creo que estas soluciones sean un buen ejemplo de lo que entendemos por solidaridad familiar. Han tenido que pasar mucho siglos para que la antropogénesis cultural prime sobre la antropogénesis biológica, han hecho falta muchos siglos para que los derechos humanos individuales se conviertan en un bien irrenunciable y para que la familia se plantee la difícil tarea de armonizar el bien individual con el bien colectivo, es decir, para que sea capaz de respetar a cada persona, aunque se reduzca la uniformidad familiar. La solidaridad se convierte así en una elección,

dejando de ser una imposición, pues nadie acepta que con tanta ligereza se pueda sacrificar al individuo a cambio del supuesto bien de la familia, -piénsese por ejemplo en los matrimonios concertados según los intereses de la familia-. Los derechos de todo ser humano se hacen hoy visibles con más claridad que nunca, y la familia debe ser la primera en respetarlos, los derechos de todos y a lo largo de todo el ciclo vital. La familia mantiene y desarrolla una función irrenunciable: garantizar esos derechos, y la solidaridad de los próximos es la vía para lograrlo. La solidaridad que existió siempre no ha muerto, se expande, se fortalece y se protege mediante la ley, aunque la ley tenga que entrar en el recinto privado de las familias que no los respetan.

La familia no es sólo ahora un espacio de solidaridad, a menudo ha sido el único espacio de solidaridad, sobre todo lo es cuando la sociedad es hostil, y lo es en las sociedades de súbditos, donde la persona no tiene ningún valor, no tiene ningún derecho, y menos si es mujer, o niño, o enfermo, o anciano. Sólo cuando la democracia convierte a los súbditos en ciudadanos y se corresponsabiliza de la educación, de la sanidad, de la justicia, del desempleo y abre una red de apoyos sociales, es cuando la familia se ve liberada de muchas cargas de solidaridad ancestral.

Ahora que la Sociedad del Bienestar ha entrado en crisis y los periodos de internamiento hospitalario se han reducido, y no hay suficientes residencias de ancianos, la familia retoma y potencia sus propios recursos para seguir siendo un espacio de solidaridad. Los clanes familiares también eran solidarios, pero siempre que se respetase la unidad y la estructura de poder vigente, en cambio la familia de hoy es una

red solidaria de protección y apoyo, con una estructura más democrática, que respeta las diferencias y facilita el proceso de individuación. La familia más que nunca reducto de protección, de intimidad y de afecto, que acoge a sus miembros, aceptando las diferencias y las discrepancias.

Al tiempo que es un espacio de solidaridad, la familia es un espacio económico; de hecho, el primer cambio sustancial en el núcleo familiar se produce con la incorporación del padre a la diada madre-hijo y es una consecuencia de un cambio económico. Con la aparición de la propiedad privada, (Flaquer, 1998), cuando las tribus de recolectores y cazadores se convierten en agricultores y ganaderos, aparece un patrimonio que tendrán que heredar los hijos; entonces el padre necesita saber con certeza quiénes son sus hijos biológicos: se estructura la familia patriarcal, que va a ser un modelo que consolidará el derecho romano y que prevalecerá durante siglos. De hecho, el modelo patriarcal se ha mantenido hasta hace sólo unas décadas, cuando al reconocerse los derechos de la mujer, muere el concepto y el término "patria potestad", y con el término, el poder del varón sobre todos los bienes familiares (patrimonio), y sobre todos los miembros de la familia.

Si bien este cambio supone la muerte de la familia patriarcal, demasiado vertical y sexista, también nos recuerda que la economía está en la base de la vida familiar desde su constitución. Desde el Sati hindú al número de esposas que pueden formar parte de un harén, desde los estratégicos matrimonios de las casas reales a las dotes de las tribus africanas, desde la sociedad de ganancias al divorcio, vemos sólo unos ejemplos de cómo las leyes, las costumbres y las decisiones familiares están conectadas con los intereses económicos.

En Europa la revolución industrial cambió la vida familiar, resaltando el modelo de familia nuclear más que el de familia extensa, y en la etapa postindustrial, el liberalismo económico, el consumismo globalizado, la emigración y la escasa rentabilidad de las políticas sociales, son, entre otros, hitos económicos que han tenido una incidencia clara en la vida familiar, en sus funciones y en los niveles de cohesión familiar. Al parecer, la economía no ha muerto, como dimensión relevante en el desarrollo familiar, aunque su influencia se haya envuelto en un celofán de mitos, rituales y valores familiares.

Obviamente la vida familiar no queda explicada sólo por la economía, ni por los lazos de sangre; sabemos que sangre y dinero no son suficientes para explicar el complejo entramado de relaciones, emociones y creencias de la familia, sino que lo que la familia significa en cada momento histórico es el resultado de otros muchos factores, como la deseable solidaridad, pero también la religión, la ideología, la política, las ciencias y la tecnología.

La familia como sistema

La familia es considerada un sistema social, siendo precisamente la teoría sistémica el enfoque predominante, dado su valor explicativo y heurístico. La Escuela de Palo Alto y la Escuela de Milán, pioneras por sus aportaciones (Andolfi, Selvini, Palazzoli, Satir, Watzlawick), consideran a la familia como un sistema, si bien un sistema con sus propias peculiaridades.

Considerarla un sistema supone atribuirle un valor como totalidad, reconocer la importancia del "nosotros" y de la propia identidad familiar, y supone sobre todo resaltar la importancia de las relaciones fami-

liares y de las reglas que regulan la vida familiar. Los rasgos de personalidad quedan en segundo plano, porque lo importante es conocer cómo nos percibimos los miembros de la familia, qué esperamos unos de otros, qué y cómo respondemos a nuestras conductas, qué apoyos nos brindamos, cuáles son nuestras alianzas y enfrenamientos, qué amores y desamores nos unen, y cuáles son los patrones que regulan nuestras interacciones. Los vínculos, las transacciones, los intercambios que siempre son recíprocos, cobran importancia si queremos comprender y cambiar la vida familiar.

La perspectiva sistémica, aunque a veces parece ignorarlo, supone respeto al individuo, primero respeto a la percepción individual, al modo de interpretar los sucesos de la historia familiar y al modo de percibir las relaciones propias y ajenas, y como indica Kriz, respeto a la importancia de la persona como base de las interacciones del grupo familiar (en Schlippe y Schweitzer, (2003). Después también respeto al papel activo que cada miembro desempeña en la familia, y a su resiliencia para desarrollar su propio estilo a pesar de la familia, y reconocimiento de su potencial como agente de cambio del sistema familiar. Desde el respeto a la individualidad se fomenta la cohesión, la capacidad y la comunicación para compartir las percepciones y los significados individualmente construidos, y se fomenta la capacidad de escuchar y de ser sensibles a las demandas de los otros para, ampliando así la propia perspectiva, construir un legado y una identidad compartida, un “nosotros” que fortalezca nuestro sentido de pertenencia y nuestra identidad individual.

Y lo importante no es sólo compartir una historia familiar, sino que sobre todo es

importante hacer explícito lo implícito, que casi siempre es el lado oscuro de la familia, y por tanto es importante conocer los secretos familiares, los desamores, los desencuentros y los sueños inconfesables, porque son parte integrante de la vida familiar y son menos controlables en tanto que menos conocidos. Las familias de hoy van aprendiendo a conocer su realidad y las realidades de todos, aunque se aparten de la familia ideal, aunque se aparten del modelo social predominante, porque lo importante es conocer las dificultades que existen para poder afrontarlas, porque es importante que se rompan los pactos de silencio y se hagan visibles los elementos invisibles del sistema. Es importante que vayan muriendo los secretos familiares, los mitos de armonía, para que podamos ver a la familia real y podamos potenciar su desarrollo.

Desde la perspectiva sistémica el psicólogo familiar asume un papel relevante en este proceso de ayudar a la familia en las tareas de conocer su realidad, potenciar su desarrollo como grupo, lograr niveles de cohesión que respeten los límites individuales y construir un clima que facilite la autorrealización de todos. La tarea requiere un nuevo punto de mira que se centre en las relaciones y en el grupo sin olvidar a los individuos, para lo cual tiene que incorporar un nuevo tipo de técnicas de valoración y de intervención que sean adecuadas al objeto de estudio que en cada momento sea prioritario (Cusinato, 1992) y donde la entrevista circular y el trabajo en grupo van a tomar un papel predominante. Abordar el diagnóstico y el asesoramiento familiar requiere distanciarse de la propia historia familiar y del propio ideal de familia, para optimizar los recursos de la familia y facilitar el cambio teniendo en cuenta su propia

dinámica, su propia historia, sus valores y sus metas.

Cultura e identidad familiar

La familia no es ajena a la cultura que la envuelve, y cada cultura posee un sistema de creencias, mitos, valores y costumbres que regulan la vida familiar, y establecen cuáles son los derechos y deberes de los miembros de la familia. La cultura regula la transmisión del patrimonio, establece los límites, su privacidad, regula la tutela y guarda de los hijos, la comunicación que ha de establecerse con parientes y amigos, vecinos y conocidos. La cultura regula las relaciones entre los miembros de la familia, la comunicación y los afectos que pueden existir entre ellos. Como dice la escritora Arundathi Roy, en su novela *El dios de las pequeñas cosas*, ellos dicen a quién hay que querer, cómo y cuánto.

Cada cultura define lo que entiende por familia, y por tanto indica qué unidades de convivencia, o qué tipos de relación personal, merecen tal rango y quienes quedan excluidos. En las últimas décadas hemos visto como las madres solteras, las parejas sin hijos, las familias adoptantes y las parejas homosexuales, han contado con un entorno social hostil que las ha considerado indignas de lucir el rótulo de "familia".

El reconocimiento que cada sociedad hace de la familia, cobra una importancia que va más allá de las cuestiones legales, ya que este reconocimiento contribuye a construir la propia identidad familiar, lo que en consecuencia consolida nuestra propia identidad como individuos. Al tiempo, la exclusión se convierte en un lastre contra el que los "aspirantes a familia" tendrán que luchar. De ahí el interés de los grupos excluidos por acumular signos de identidad

que les permitan merecer la distinción de "familia" y verse por fin normalizados. No cabe duda que la posibilidad de adopción por parte de las parejas que no tienen hijos biológicos, contribuirá a construir su identidad como verdaderas familias normalizadas, y que la palabra matrimonio asignada a las uniones homosexuales contribuirá a consolidar su identidad como un importante valor añadido a sus relaciones personales. Las relaciones o la convivencia por sí solas son insuficientes para formar una familia, es necesario el reconocimiento social.

La construcción de la identidad familiar ha sido estudiada en profundidad por Neuburger, quien habla del dilema que recae sobre las familias: "Sé igual y sé diferente", dos opuestos que tendrá que armonizar a lo largo del ciclo vital. La primera prescripción "Sé igual", hace que las familias traten de buscar valores, rituales y pautas de comportamiento que les hagan sentirse integradas en la sociedad, que las vinculen a la normalidad, y así interpretamos el interés por ocultar la lengua materna cuando es distinta a la sociedad en la que reside la familia, o el entusiasmo de muchos forasteros por participar en las fiestas populares con más entusiasmo que nadie.

Al tiempo la segunda prescripción, "Sé diferente", indica que un exceso de normalidad, es igualmente preocupante, porque en la falta de rasgos peculiares no permite que salga de la banalidad y la familia necesita tener su propia idiosincrasia, crear y mantener un estilo propio. La influencia del entorno social tiene sus límites y los patrones culturales condicionan, pero no determinan, ni los sueños, ni las vidas de las familias, sino que cada familia trata de seleccionar y adaptar los patrones que le brinda el entorno y construir su propia identidad.

Maturana y Varela (1987) mantienen, a partir de sus estudios en biología, una tesis que ha tenido gran impacto en ciencias sociales; consideran que la característica imprescindible para que exista vida en un organismo es la diferenciación, para lo cual son necesarios unos límites. Los límites, o la membrana de protección del exterior, permiten que se configure internamente un sistema de relación entre los componentes del sistema, se genera así una estructura interna y unas funciones propias que mantienen su propia dinámica interna y que regulan la relación del organismo con el exterior. Esta relación del ser vivo con el mundo exterior conlleva un proceso de autorregulación que denominan autopoiesis, y una especie de proceso de autorregulación que mantiene su propia identidad, es decir permite que la vida de ese organismo se mantenga. La autopoiesis es un proceso propio y creativo, aplicable a todos los seres vivos y también aplicable a los sistemas sociales como es el caso de la familia, que también trata de mantener la propia dinámica interna, su propio estilo y su propia identidad diferente del exterior y que es su propia vida como familia.

Y así comienza en términos de Maturana la danza del ser vivo con su entorno para armonizar su propia identidad con la realidad exterior, para mantener las diferencias sin dejar de mantener un intercambio con el medio externo, porque aunque el ser vivo mantiene la vida sólo si mantiene la diferenciación, si no hay energía externa, la energía interna también se agota. Los sistemas vivos y los sistemas sociales, como es el caso de la familia, para mantener la vida tienen que jugar un papel activo en su intercambio con el entorno, tienen que plantear sus propias metas y su propia dinámica sin estar aisladas del entorno. Las familias des-

de su propio estilo, respetando sus límites y sus peculiaridades se convierten desde la diversidad en agentes de cambio. Se agrupan para reivindicar una aceptación social y los derechos que la comunidad no les concede: familias numerosas, familias adoptivas, familia de acogida, familias homoparentales, reclaman su espacio en la sociedad de la diversidad, y lo reclaman porque mientras no se atente contra los derechos humanos, todos son espacios de solidaridad. Ha muerto la familia, como producto pasivo del entorno, para dejar paso a muchas familias que piden conscientes el reconocimiento social a la diversidad familiar y que pueden pedir y conseguir que la sociedad cambie.

La pareja

La mirada hacia adentro de la familia nos lleva a descubrir un subsistema claramente diferenciado y relevante: la pareja. La pareja es la díada que más influencia va a tener en el resto de miembros de la familia, tanto su complicidad y su satisfacción, como sus conflictos y sus crisis, van a tener un impacto claro en el resto de la familia, sobre todo en los hijos. Williamson y Bay (1991) afirman, que cuando la familia atraviesa momentos de crisis, la pareja adulta es quien debe asumir la mayor responsabilidad terapéutica u optimizadora; y en la misma línea, Beabers y Hampson (1995), afirman que en la funcionalidad familiar se requiere del liderazgo ejercido por la generación adulta, generalmente por los padres.

Los miembros de la pareja, forman un sistema con sus propias reglas y funciones, de modo que la vida en pareja tiene sentido en sí misma, y lo tiene hoy más que nunca, y así vemos que parejas buscan, por encima de todo, que su relación sea gratificante. Es el bienestar de la pareja el que condiciona

su continuidad o su ruptura, más que la opinión de los propios padres o el bienestar de los propios hijos. Nos preocupan, y cuidamos mucho, los aspectos relacionales de la pareja: la sexualidad, la comunicación, la compatibilidad de horarios, la distribución de roles, el reparto de poder, la cohabitación, las vacaciones, la vida cotidiana... Sin embargo, la relevancia que ha ganado la relación de pareja, no ha convertido a la pareja en un subsistema más duradero, ni más fuerte, más bien lo contrario, la ha convertido en la díada más frágil del sistema familiar.

Si nos remontamos hacia mediados del siglo pasado, las mayores expectativas vitales no se volcaban en la pareja, sino en los hijos, de tal manera que hasta la relación sexual era sólo un medio para la maternidad y las madres tenían dedicación exclusiva a la crianza. Junto a las altas expectativas puestas en los hijos, la relación con los hijos era más conflictiva y eran más frecuentes los conflictos intergeneracionales, los hijos se iban de casa, y no sólo en busca de trabajo, sino que también se iban antes de acabar la carrera, antes de casarse, e incluso, antes de la mayoría de edad.

En cambio hoy, se han reducido los conflictos intergeneracionales, -los hijos tardan en abandonar el hogar familiar, incluso aunque sean adultos y tengan trabajo y pareja, se independizan tarde; y aún cuando lo hacen vuelven a casa con frecuencia, y no sólo por Navidad, también muchos fines de semana, cuando están enfermos, cuando les falla el trabajo, cuando necesitan una abuela canguro, y también vuelven tras el divorcio-, y son más frecuentes los conflictos y las rupturas de las parejas.

No podemos decir que las relaciones de pareja sean peores que en otros tiempos,

máxime si recordamos a aquellas parejas concertadas por los padres, o si pensamos en los criterios en los que se basaban las elecciones aparentemente libres -para ellas la pareja era un modo de asegurar un futuro y estatus social en el presente, para ellos, un modo de tener los hijos y la casa atendidos y el sexo asegurado-. Es pretencioso decir que las relaciones hoy se han deteriorado, si recordamos la desigualdad de poder, la diferenciación sexista de roles, la sexualidad devorada por la maternidad, la masculinidad estigmatizada, o el maltrato familiar, todos existentes en el llamado modelo tradicional, aunque siempre silenciados o invisibles. En suma, no podemos decir que la calidad de vida en pareja hoy haya muerto, porque los datos anteriores no son prueba de la calidad de la relación.

Ante la fragilidad del subsistema de pareja, nos preguntamos, ¿Qué hace hoy que la vida en pareja sea tan difícil? ¿A qué se deben los altos niveles de ruptura antes y después del matrimonio? Ante la evidencia de los datos se abren nuevos interrogantes, ¿Qué lleva a la gente a formar pareja? ¿Ha bajado la tolerancia a la frustración y nos divorciamos por nada? ¿Duran las parejas tanto como el enamoramiento? ¿Seguimos en nuestras relaciones el esquema de usar y tirar? ¿No sabemos gestionar las diferencias? ¿Cambio personal equivale a cambio de pareja? ¿Se han perdido los valores tales como el amor, la tolerancia, la lealtad?... ¿No será quizá que hemos elevado tanto nuestras expectativas y hemos forjado tantas esperanzas, que nuestros sueños acaban siendo inalcanzables? Y ante tantos interrogantes una cuestión de fondo ¿No será que ha muerto el mito de la eternidad de la pareja?

Los altos porcentajes de parejas rotas, han desvanecido el mito de eternidad, de modo que las parejas antes de casarse o de formalizar de algún modo su relación, saben que la relación puede romperse y cuentan con ello. Un análisis serio de las causas que generan conflictos de pareja la aporta Rojas Marco en su obra *La pareja rota*, y desde luego van más allá de la simple generalización que supone creer en la inmadurez de los contrayentes. Las parejas tienen conflictos porque su sexualidad no funciona, porque la convivencia desgasta, porque no coinciden en cómo educar a los hijos, porque uno o los dos son infieles, porque tienen problemas con los suegros, porque les cuesta conciliar la vida familiar y laboral, porque tienen problemas económicos, porque están saturados de obligaciones, porque quieren ser siempre jóvenes, porque la familia no es una aventura, porque atribuyen al compañero/a la culpa de las propias crisis, porque es difícil armonizar el proyecto personal con el proyecto de pareja, porque tienen que adaptarse al cambio y sus cambios tienen que sincronizarse. Las parejas han perdido el miedo a separarse y han acabado con el mito de eternidad en la pareja.

En cambio sigue vivo el mito de pareja, como situación necesaria para dar sentido a la vida; la relación de intimidad que aporta la pareja es importante, tanto que la vida en pareja parece ser la única que da sentido a la vida. Y el mito es doble, social e íntimo.

Hay un mito social porque es compartida y generalizada la creencia de que la situación de pareja es claramente la ideal, hasta tal punto que la gente busca compañero/a a las personas que aprecia, desea que la encuentren, a tener pareja aspiran la mayoría de solteros/as y muchas familias monoparen-

tales. Y hasta tal punto que decir a un separado que “ha rehecho su vida” es sinónimo de decir que “ha encontrado otra pareja”. El valor social que se asigna a la pareja, Neuburger lo denomina casa-pareja, pues es la casa, la institución que nos da prestigio social y genera sentimiento de pertenencia, contribuyendo a darnos una identidad que es socialmente muy valorada.

Además de la casa-pareja, cada pareja tiene un mito íntimo que se crea en el momento de su constitución y que comparte y mantiene a lo largo de su historia, como el tesoro más preciado. El mito es siempre una creencia que embellece y sublima el objeto mítico, en este caso, sublima la relación y sublima a los dos; al tiempo, por el mero hecho de ser un mito, se acepta como una verdad incuestionable, se mantiene mientras dura la relación y, como indica Neuburger, su pérdida desencadena, casi inevitablemente, la ruptura de la pareja. Este mito explica por qué muchas parejas no se separan aunque su relación sea un infierno, o mejor explica por qué, a pesar de que hay indicios claros, las personas que forman pareja no llegan a ver ese infierno.

Para Neuburger el que llamamos mito íntimo de la pareja –las maravillosas e inexplicables coincidencias que les unen-, se refuerza en el curso de cada historia, cuando los secretos, la complicidad y el lenguaje críptico, se comparten, a veces con más fuerza que los valores y las preferencias. El mito hace exclusiva la relación, la hace insustituible. Es el santuario que no se puede desvalijar, ni hacer público, so pena de que se derrumbe la pareja. El mito nos saca de lo vulgar, de lo banal, hace que la pareja sea trascendente, casi divina. Los matrimonios han dejado de ser religiosos, pero el mito de la pareja no ha muerto.

Educación para un mito

La relevancia de la pareja y la búsqueda de satisfacción en la relación, no puede hacerse a costa de sacrificar las relaciones con los hijos, al contrario, tanto la sociedad como la familia son sensibles a las necesidades de los pequeños –y de los hijos mayores– y asumen la responsabilidad, no sólo de su crianza, sino también de su educación atendiendo a sus necesidades básicas y secundarias durante toda la vida. Los hijos se han convertido en un bien preciado, y no sólo por ser escaso –sabemos del bajo índice de natalidad de las familias españolas–, sino porque, sensibles a sus derechos, los padres tratan de satisfacerlos con creces y darles todo lo que ellos no tuvieron; tratan de darles comida y afecto, videoconsolas y clases de inglés, masters y ropa deportiva, clases de judo y viajes a los parques temáticos. Y lo hacen con la esperanza de que sean felices, no con la intención de que se conviertan en pequeños tiranos.

Los padres dan respuesta a las muchas necesidades de sus hijos y los hijos se han acostumbrado a verlas cubiertas. Con la edad, las necesidades se reformulan, se amplían, se reorganizan: necesidades materiales, de amigos, de intimidad, de sexo, de éxito social, de compromiso social... ¿Quién va a tener que cubrir esas necesidades en el joven adulto? ¿Tiene que cubrir las sólo una persona? ¿Sólo la pareja? ¿La misma pareja durante toda la vida? ¿No estamos pidiendo demasiado?

El reconocimiento de los derechos humanos ha facilitado que la familia se comprometa en el desarrollo integral de sus hijos, y en facilitar que construyan su propio proyecto personal de vida. La identidad personal no va a ser anulada por la identidad familiar, se progresa facilitando el proceso de indivi-

duación, de modo que es frecuente que los jóvenes, hombres y mujeres, cuando llegan a formar pareja tengan ya trazado su propio proyecto de vida y que sin renunciar a él, decidan apoyarse mutuamente y además decidan construir un proyecto compartido en el que probablemente tendrán cabida los hijos. La racionalidad se une al amor, la autonomía a la intimidad. Este es el ideal de familia que subyace en la diversidad de modelos.

Construir un proyecto personal e implicarse en él, por lo que requiere razonamiento y estrategias inteligentes, requiere madurez emocional y autonomía funcional, como condiciones necesarias, aunque no son suficientes, para crear el “nosotros”. Dos proyectos individuales, uno de cada uno, más un proyecto compartido que no los lesione sino que los enriquezca. Es necesario lograr un equilibrio entre los derechos individuales y los derechos relacionales (García-Roca, 1994), lo que supone que no nos hemos planteado una tarea fácil.

No podemos decir que esta concepción de pareja y de familia haya existido siempre, más bien celebramos su nacimiento reciente, pero quizá todavía no hemos aprendido a vivir con ella. Los nuevos modelos familiares y los nuevos modelos de vida en familia, plantean nuevos retos educativos que los padres deben incorporar en el proceso educativo.

Educación para que nuestros hijos, e hijas, construyan su propio proyecto requiere desarrollar muchas de sus capacidades cognitivas, profesionales, sociales... y requiere desarrollar también su autonomía y su madurez emocional, enseñarles a no ser tiranos, ni dependientes, enseñarles a cooperar con los demás y enseñarles también a vivir en soledad (Gimeno, 1999). Es lo que

los psicólogos llaman autorrealización y que viene a coincidir con lo que denomina Williamson (1982) autoridad familiar.

Pero sólo educar en la individualidad no es suficiente, podemos caer en el aislamiento, en un autismo funcional; si queremos vivir en pareja tendremos que aprender a conciliar nuestros proyectos, aprender a apoyar el proyecto del compañero y a construir una identidad compartida. El proyecto compartido requiere dedicación, renunciaciones, intimidad, confianza, cooperación y generosidad. Tendremos que educar en las competencias y en los valores que nos permiten construir proyectos compartidos. El territorio de la pareja no se resuelve con la pasión, falta educar, usar la razón para crear relaciones sanas y hace falta dar a las emociones el lugar que merecen (Damasio, 1999) y educarlas como reinas de la humanización.

Pedagógicamente tendremos que dejar que mueran algunos mitos y tendremos que crear nuevas fantasías que los sustenten. La fantasía es inevitable y conveniente, extiende las alas de la libertad, ayuda a que las utopías se acerquen. ¡Elijamos y creemos nuestras propias fantasías, nuestros propios mitos, nuestros propios cuentos! Los cuentos clásicos de hadas y princesas no nos sirven, los de madrastras tampoco, ni los que vaticinan que sólo las niñas buenas y obedientes van al cielo, pero los cuentos son necesarios. Para empezar te cuento el cuento que he contado a mis hijos *La Reina y el caballero de la armadura oxidada* ¿Qué cuentos les cuentas tú?

bibliografía

Beavers, W.R. y Hampson, R.B. (1985). *Familias exitosas. Evaluación, tratamiento e intervención*. Barcelona; Paidós.

Cooper, D. (1971). *The death of the family*. New York. Penguin.

Cusinato, M. (1992). *Psicología de las relaciones familiares*. Barcelona: Herder.

Damasio, A. (1999). *O sentimiento de Si Portugal: Europa-América* publ.

Falquer, L. (1998). *El destino de la vida familiar*. Barcelona. Ariel.

García-Roca, J. (1990). *Voluntariado y acción social*. Madrid: Ministerio de asuntos sociales.

García-Roca, J. (1994). Relevancia social de la familia. En E. Pérez Delgado (comp.) *Familia y Educación. Relaciones familiares y desarrollo personal de los hijos*. Valencia: Generalitat Valenciana.

Gimeno Collado, Adelina. (1999). *La familia. El desafío de la diversidad*. Barcelona: Ariel.

Gracia Fuster, M. Y Musitu Ochoa, G. *Psicología Social de la familia*. Barcelona: Paidós.

Maturana, H. R. Y Varela, F. (1987). *El árbol del conocimiento*. Madrid: Debate.

Roussell, L. (1992). La familia en Europa occidental: divergencias y convergencias. *Infancia y sociedad*. 16, 29-45.

Settles, B. H. (1999) The Future of family. En M.B. Sussman, S.K. Steinmetz y G.W. Paterson: *Hanbook of Marriage and the Family*. N.Y.: Plenum Press.

Schlippe, A. V. y Schweitzer, J. (2003). *Manual de terapia y asesoría sistémicas*. Barcelona: Herder.

Fecha recepción: 25/11/2005

Fecha aceptación: 10/1/2006